

## El pueblo y la patria

No sé por qué, siempre desconfío de los hombres que hablan mucho del pueblo y de la patria. Se me ocurre — Dios me perdone — que detrás de esa invocación hay lo mismo que había detrás de los hombres de que Benjamín Franklin desconfiaba: un hacha que afilar.

Buenos y malos — más los malos que los buenos —, falsos y sinceros — más los primeros que los segundos —, recurren en todas partes al pueblo y a la patria: "El pueblo quiere esto, la patria quiere estotro." El bueno y el sincero, siempre menos audaz, escuda tras esas dos palabras su timidez; el falso y el malo, su falsedad y su maldad. A fuerza de ser usadas indistintamente por los ladrones y por los honrados, por los sinvergüenzas y por los honestos, esas dos palabras van perdiendo su virtualidad.

El uso de "pueblo" y de "patria" alcanza su más alta curva cuando se trata de asaltantes del poder. Al revés de los otros asaltantes, que no tienen — pobrecitos — palabra alguna tras de la cual disimular su hambre y su garrote, los asaltantes de gobiernos cuentan siempre con las dos palabritas: "Hemos llegado hasta aquí porque el pueblo así lo ha querido y porque la patria lo necesita." Y esto, dicho muchas veces, en circunstancias en que los únicos que saben algo del golpe de Estado son los que lo realizan, por un lado, y los que traicionan por otro. Ni el pueblo ni la patria están enterados.

En los últimos tiempos, y después de las revoluciones de Argentina y de Bolivia, la patria y el pueblo hacen natas en las páginas de cables de los diarios, y en nombre de esas dos abstractas entidades, cuya utilización parece entregada por entero a determinados individuos, en Argentina casi se ha terminado con las libertades, en tanto que en Bolivia se disponen a explotarlas convenientemente.

Así como se hace con los billetes, que se recogen y se queman cuando ya están demasiado usados, debería hacerse con ciertas palabras, especialmente con éstas. Sería una buena medida profiláctica.